

# ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.  
Teléfono 514.

Madrid, 18 de Septiembre de 1892

ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.  
Apartado 210.

Núm. 38

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez. Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

## SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*Fyrritt-Flace*, por Julio Verne — *Poetas americanos*, por Rubén Darío.—*El clown*, por P. P. Gil.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*El ruiseñor de invierno*, por José de Siles.—*Cristóbal Colón* (continuación), por Alfonso de Lamartine.—*Psicologías*, por Anselmo Guerra.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: Residencia de Piedra: La gruta del artista.—Retrato de Hernán Cortés.—Proclamación de Boabdil.—Sepulcros de los Reyes Católicos y de Doña Juana y Felipe el Hermoso en la Capilla Real en Granada.

GRABADOS: Hermanas.—El General Artigas.—Castelli.

## CRÓNICA

EN los momentos en que acaba de celebrarse la apertura de la caza, nos parece de oportunidad exponer algunos datos curiosos respecto á la afición que los Monarcas y Jefes de los Estados europeos sienten por el noble arte cinegético, y á la mayor ó menor habilidad que demuestran en este ejercicio.

La Triple Alianza, principalmente, cuenta entre los Soberanos que presiden á los Estados que la forman con tiradores habilísimos, á cuya cabeza figura el Emperador de Austria, que reúne una sangre fría, seguridad y golpe de vista admirables.

Así se explica que cuando en 1867 visitó á Napoleón III en Compiègne, pudiera matar en un solo día hasta *trescientas piezas*, lo que hizo que Moskowa le designara alegremente con el apelativo de *Emperador de la caza*.

Las cacerías favoritas del Monarca austriaco se verifican en los montes Cárpathos, que se designan en los mapas cinegéticos de Europa como los más abundantes en caza; pero el Emperador Francisco José, no contento ni satisfecho con estas excursiones, efectúa otras no menos frecuentes al Tirol, en donde se dedica especialmente á la caza de las cabras monteses, tan abundantes allí, y que, por su dificultad, es sabido lo interesante que resulta para los buenos cazadores.

El Rey de Italia es también un buen tirador, y su caza favorita es igualmente la de gamuzas ó cabras monteses.

Su seguridad de tiro nada tiene que envidiar á la de su padre Victor Manuel, siquiera no guste como éste de permanecer semanas enteras en las montañas del Piamonte, albergándose, en caso de necesidad, en las cabañas, y haciendo en un todo el mismo género de vida del cazador alpino.

Humberto I, que tira con precipitación y que rara vez yerra, ha experimentado en su vida muchas de las emociones fuertes del verdadero cazador, entre las que puede citarse como ejemplo la proeza llevada á efecto hace veinte años, matando instantáneamente y de un solo tiro á un oso que amenazaba la vida de su padre, que, por haberle errado, se encontraba en gravísimo apuro.

Su rasgo característico de cazador es el afán que demuestra de cobrar por sí mismo las piezas que mata.

Cuando el Emperador de Alemania, por más que el accidente de todos sabido le impide manejar con soltura uno de los brazos, reúne también, á pesar de esto, cualidades excelentes de tirador. Su tiro es siempre seguro, y para suplir el defecto antes dicho se sirve de un arma especial, construída expreso y de sistema inglés.

La caza favorita del Emperador de Rusia es la chocha ó becada especial de su país, cuya delicada comida es tan suculenta que merece la pena de hacer un viaje á Rusia tan sólo por pro-

barla tal como se sirve en el restaurant Dussault de San Petersburgo ó en el bazar Slavenski de Moscú.

Alejandro III es también aficionado á la caza del oso, por los dramáticos incidentes que ofrece y que son un estímulo á su ardimiento.

Los grandes Duques Wladimiro y Alejo son asimismo buenos cazadores, y lo han demostrado recientemente en las batidas que en su obsequio han tenido lugar en Francia, primero en Rambouillet y luego en las posesiones del Conde Potoki.

El Rey de los belgas es una *buen escopeta*, tranquila, casi burguesa, como dice él mismo, que nunca se arriesga á tirar de lejos.

Entre los demás Soberanos de Europa, algunos como el Rey de Dinamarca, han abandonado el ejercicio de la caza, obligados por su edad.

El Presidente de la República francesa, que es algo melancólico, se divierte muy poco y no logra sacudir su mal humor en la caza, que le agrada poquísimos; no obstante lo cual hace cuanto puede por disimular el fastidio y aburrimiento que experimenta en las espléndidas cacerías que su deber de Jefe de Estado le obliga á dar en obsequio de muchos de sus huéspedes, ya sean éstos Monarcas ó grandes Duques ó simplemente Diputados.

Bajo este punto de vista, Mr. Carnot viene á ser una excepción entre los Jefes de los Estados europeos, como ya hemos tenido ocasión de ver; lo que se explica teniendo en cuenta que casi es un deber para un Monarca el conocer el manejo de una escopeta, lo que no sucede con los Presidentes, á los que su rápido encumbramiento es causa muchas veces de que sus aficiones no concuerden siempre con los deberes sociales de su nuevo cargo.

\*\*

Ravachol, como recordarán nuestros lectores, fué en vida un peligroso y audaz Tenorio, á pesar de los pocos atractivos personales de que le había dotado la naturaleza.

El célebre anarquista dejó al morir un hijo natural llamado Rullière, mozo ya de veintitrés años, fuerte, robusto, y anarquista tan furibundo como su padre.

Rullière estaba en la actualidad trabajando en las minas de carbón de Villars, departamento del Loire.

Su mala conducta y sus exaltadas ideas, que trataba de inculcar en los ánimos de sus compañeros de trabajo por medio de fogosos discursos, hizo que fuese despedido por el capataz de las minas.

Rullière, con la mayor sangre fría, juró entonces al mismo capataz que aquella misma noche le mataría. En efecto, aquella noche Rullière se emboscó en una galería de la mina, y cuando el capataz pasó por ella, al hacer su ronda de noche, el digno vástago de Ravachol disparó sobre él cuatro tiros de revólver, dejándole muy mal herido. El asesino huyó y hasta ahora no ha sido capturado.

\*\*

Mediante un voto favorable de la Academia, el Observatorio de Bruselas organiza en la actualidad un servicio estadístico de los rayos que caen en Bélgica. A este propósito se han dado á conocer curiosos datos acerca del aumento progresivo del número de rayos que han caído en un periodo no muy largo ciertamente.

Hé aquí algunos de los resultados que arroja la estadística:

En el reino de Sajonia el número anual de rayos que han caído entre un millón de edificios, han sido por término medio: 107 en el periodo de 1859-1862; 161 en el de 1867-1870; 315

en el de 1875-78; 318 en el de 1883-84; 185 en el año 1888, y 621 en 1889.

El profesor Holiz ha examinado los documentos de 60 Sociedades de Seguros contra incendios en Alemania, en Austria y en Suiza, en un periodo que comprende desde 1854 á 1877, y ha deducido que en las precitadas comarcas, tomadas en conjunto, el peligro de la caída de rayos es actualmente dos y media veces mayores que lo era hace tiempo.

Solamente en Alemania ha triplicado el peligro de incendios producido por el rayo durante los últimos treinta años. En esta desconsoladora progresión están de acuerdo todas las estadísticas formadas después de minuciosas investigaciones.

El profesor Karsten calcula que en la actualidad se eleva de siete y medio á diez millones de pesetas la pérdida total que anualmente produce el rayo en Alemania. Y si aumenta el peligro en la misma proporción, las pérdidas que el rayo ocasionaría en la fortuna pública llegaría á ser de 35 á 40 millones de pesetas.

J. G. M.

## FRRITT-FLACE

FRRITT!... es el viento que se desencadena.  
¡Flace!... es la lluvia que cae á torrentes.

Esta ráfaga bramadora dobla los arbustos de la costa y va á estrellarse en la falda de los montes de Crimma. A lo largo del litoral destaca alta hilera de rocas, barridas por las agitadas olas del mar inmenso de la Megalócrida. ¡Frritt!... ¡Flace!...

En el fondo del puerto se cobija el pueblecillo de Luktrop. Un centenar de casas con verdes miradores que apenas las defienden de los vientos arremolinados en la próxima bahía. Cuatro ó cinco empinadas calles, mal empedradas con guijarros manchados por las escorias que arrojan las cumbres eruptivas que circundan el valle. El volcán, un verdadero y formidable volcán, no está lejos.—Es el Vanglor. Durante el día, el fuego interior se desahoga en forma de nube de azufrados vapores; durante la noche, vomita de minuto en minuto imponentes haces de llamas rojas.—Parece el Vanglor un faro cuya luz, visible en un radio de ciento cincuenta kertztes, guía al puerto de Luktrop á los marinos pescadores y corsarios cuyas naves hienden con sus quillas las aguas de la Megalócrida.

Al otro lado del pueblo existen aún en confuso montón algunas ruinas de la época crimeriana. Distinguese más allá un arrabal de aspecto árabe, y domina este abigarrado conjunto un campanario de forma cuadrada; es el campanario de Santa Fífilena, cuyas campanas, suspendidas en los huecos de sus espesos muros, son á menudo agitadas por las fuertes sacudidas del violento huracán.—Cuando esto sucede, mala señal: el miedo se apodera de los habitantes del país.

Tal es Luktrop, si añadimos á lo ya apuntado algunas casuchas esparcidas por la campiña, como se ven en los villorrios de Bretaña, y medio escondidas entre grandes matorrales de retama.

Pero Luktrop no está en Bretaña.  
¿Está siquiera en Francia?... No lo sé. ¿Está en Europa? Lo ignoro; en todo caso no busquéis Luktrop en el mapa, ni aun en el mismo atlas de Stieler: sería inútil.

¡Frocl!... Un golpe sonó á la estrecha puerta del 4-6, situada en el ángulo izquierdo de la calle Mesagliere.

Es la casa del 4-6 una de las más confortables del pueblo, si se nos permite usar de esta frase tratándose de Luktrop, y una de las más ricas, si puede llamarse riqueza á la renta anual de algunos miles de *fretzers*.

Un ladrido salvaje, que más parecía el aullido del lobo, contestó al ligero golpe dado en la puerta. Abrióse una ventana situada encima de ésta, al propio tiempo que una voz decía con malhumorado tono:

—¡Id á todos los diablos, importunos!  
Una chiquilla, tiritando, calada por la lluvia y envuelta en unos malos harapos, preguntó:  
—¿Está en casa el doctor Trifulgas?  
—Está ó no está, según...  
—Vengo á buscarle para que vaya á visitar á mi pobre padre, que se está muriendo.  
—¿En dónde se muere?  
—Está del lado del valle Karnion, á cuatro *kertzes* de aquí.  
—¿Quién es?  
—Es Vorl Kartif.  
—¿Vorl Kartif, el cabrero?  
—Sí, y si el doctor Trifulgas...  
—El doctor Trifulgas no está.

Y al decir esto cerróse violentamente la ventana, mientras los Fritts del viento y los Flaces de la lluvia se confundían formando un ruidoso desconcierto.

Era un hombre duro el tal doctor Trifulgas. —Poco accesible á la compasión, no curaba si no mediaba anticipadamente el pago de una buena cantidad. —Su viejo Hurtzof, perro mestizo de *bull-dog* y de mastín, tenía sin duda mejor corazón que él.

La casa del 4-6, inhospitalaria para los pobres, se abría tan sólo á los ricos, y esto mediante una tarifa fijada de antemano: tanto por una fiebre tifoidea, tanto por una congestión, cuanto por una pericarditis, y así sucesivamente todo el cúmulo de enfermedades inventadas por los médicos á docenas.

Luego el cabrero Vorl Kartif era un pobre, su familia de las más miserables de la comarca... ¿Cómo era, pues, posible que el doctor Trifulgas se molestara por un enfermo tan ruin y en una noche parecida?

—¡Le hacen á uno levantar por nada! —murmuró acostándose de nuevo; —¡esto sólo vale ya diez fretzers!...

Veinte minutos habían apenas transcurrido, y el aldabón de hierro golpeaba de nuevo la puerta del 4-6.

Maldiciendo todo lo maldecible dejó el doctor otra vez su lecho y salió á la ventana.

—¿Quién va!... —gritó.  
—Soy la mujer de Vorl Kartif.  
—¿El cabrero del valle Karnion?  
—Sí; y si Ud. nos rehusa su asistencia, el pobre se morirá.

—Y bien, te quedarás viuda.  
—Tomad veinte fretzers.

—¿Veinte fretzers por ir al valle Karnion, á cuatro kertzes de aquí!...

—¡Por caridad!...  
—¡Idos al diablo!

Y la ventana se cerró de nuevo con más estrépito que antes.

—¡Veinte fretzers!... ¡bonita fortuna!... ¡Exponerse á coger un reuma por veinte fretzers! Y esto cuando le esperan á uno por la mañana en el Kiltreud, en casa del rico hacendado Edzden-goy el gotoso, donde puede uno explotar la gota á razón de cincuenta fretzers por visita.

Con esta agradable perspectiva, el doctor reconcilió el sueño más profundamente que antes.

¡Frritt!... ¡Flace!..., y luego ¡froc!... ¡froc!... ¡froc!... Al fragor de la lluvia y el huracán desencadenado se unieron tres golpes de picaporte, dados esta vez con mano firme.

El doctor dormía profundamente: así es que se levantó con un humor peor mil veces que el de costumbre. Abrió la ventana, y el huracán penetró por ella como si fuera un metrallazo.

—¡Es para el cabrero... señor!  
—¡Pero todavía ese miserable!...  
—Soy su madre...  
—¡Que la madre, la mujer y la hija revienten con él!...

—Ha tenido un fuerte ataque.  
—Pues si lo atacan, que se defienda solo.

—Nos han dado algún dinero á cuenta de la casa de la calle Mesagliere, vendida á Domtrup. ¡Si no quiere V. venir, mi pobre nietecita quedará sin padre, mi hija sin esposo y yo perderé á mi hijo!

Era conmovedor y terrible á la vez escuchar la temblorosa voz de la pobre anciana, cuya sangre helaba el cierzo en sus venas, y cuyos huesos se entumecían calados por la lluvia á través de su flaco y arrugado pellejo.

—¡Un ataque os cuesta doscientos fretzers! —respondió el desalmado Trifulgas.

—No tenemos más que ciento veinte.  
—¡Pues buenas noches!...

Y cerró la ventana; pero, tentado por su insaciable avaricia, reflexionó que ciento veinte fretzers bien valían una hora y media de camino y una visita de media hora, lo cual no dejaba de representar sesenta fretzers por hora, un fretzer por minuto. Pequeño negocio, pero tampoco despreciable en los malos y saludables tiempos que corrían.

Así, en lugar de volverse á acostar, el doctor se coló su gruesa y verdosa hopalanda, deslizó sus flacas piernas en sus grandes botas de campo, encasquetóse el capuchón impermeable, y empujando la puerta del 4-6, se paró en el umbral —La vieja estaba allí, apoyada en su palo, descarnada por sus ochenta años de miserias.

—¡Vengan los ciento veinte fretzers!  
—¡Tómelos Ud., y que Dios se los centuplique!

—¡Dios!... ¡el dinero de Dios! ¿Es que ha visto alguien de qué color es?...

El doctor silbó á Hurtzof, le puso una pequeña linterna en la boca y tomó el camino que iba en dirección al mar.

La vieja le siguió.  
¡Vaya un tiempo de Fritts y de Flaces!

Las campanas de Santa Fífilena se bambolean empujadas por la borrasca. —¡Mala señal!... pero ¡bah! El doctor Trifulgas no era supersticioso; no creía en nada, ni aun en su misma ciencia, como no fuera por el provecho que le reportaba.

¡Qué tiempo y qué caminos! Por todas partes baches, fangosas escorias y resbaladizos guijarros, y sin más luz que la que proyectaba, vaga y vacilante, la linterna del perro Hurtzof y la que de vez en cuando arrojaban las llamas vomitadas por el Vanglor, entre las cuales se agitaban al parecer las siluetas de grandes fantasmas. — ¡Ignórase qué es lo que existe en el fondo de esos cráteres insondables! ¡Tal vez las almas de los que habitan el mundo subterráneo y que se volatilizan al salir á la superficial!...

El doctor y la vieja siguieron andando, rodeando siempre las pequeñas lagunas del litoral. El mar estaba blanco, de un blanco lívido y como de luto, y chispeaba al batir con sus olas la fosforescente línea de la resaca, sembrando la arena al parecer de miles de gusanos luminosos.

Así fueron remontando el camino hasta un punto en que lo obstruían las retamas, y las aulagas, cuyas ramas, movidas por el viento, producían un ruido parecido al chischás de las bayonetas al chocar unas con otras.

El perro se había acercado á su amo y parecía decirle:

—¡Eh! ¡ciento veinte fretzers de ingreso en el arca! Así se hace fortuna. ¡Un trozo más de tierra en nuestra viña, un plato de más en la cena de esta noche, una ración más de migas para el fiel Hurtzof! Cuidemos, cuidemos á los enfermos ricos, sangrémosles... sus bolsillos.

Al llegar á dicho punto, la vieja se paró, y con su dedo tembloroso señaló una luz rojiza que se destacaba en la sombra.

—Aquella es la morada de Vorl Kartif, el cabrero, —dijo.

—¿Allí? —interrogó el doctor.

—Sí, —contestó la vieja.

—¡Harraouah! —aulló el perro Hurtzof.

De repente retumbó el Vanglor, como si hubiera sido sacudido en su propia base. — Un haz de ennegrecidas llamas se elevó al mismo tiempo hasta el zenit, desgarrando las nubes. El doctor Trifulgas cayó derribado por una violenta sacudida.

Blasfemando como un cristiano, se levantó y miró.

La vieja no estaba ya detrás de él. — ¡Había sido tragada por la tierra, ó había sido arrebatada por el huracán, montada en una flotante nube?...

En cuanto al perro, estaba siempre allí, apoyado en sus patas traseras y con la boca abierta sosteniendo la linterna apagada.

—¡Adelante, adelante siempre! —murmuró el doctor Trifulgas.

El honrado doctor había recibido sus ciento veinte fretzers, y era preciso ganarlos.

Sólo se distinguía un punto luminoso á medio kertz de distancia. Era la lámpara del moribundo, tal vez del muerto.

—¡Hé ahí seguramente la casa del cabrero; la vieja la ha designado con su dedo: imposible equivocarse.

Entre los Fritts que silban y los Flaces que crepitan, en el confuso ruido de la tormenta, el doctor Trifulgas emprendió de nuevo su marcha con precipitado paso.

A medida que iba avanzando, la casa se distinguía mejor, destacándose solitaria entre las rocas.

Pero, ¡singular casualidad! Tenía un raro parecido, una idéntica construcción á la casa del doctor, al 4-6 de Luktrop. El mismo número de ventanas, su misma colocación en la fachada, su propia, estrecha y arqueada puerta.

El doctor seguía avanzando tanto como lo permitían las ráfagas del huracán; llegó. La puerta estaba entreabierta; no había más que empujarla; la empujó, entró, y un fuerte golpe de viento la cerró bruscamente tras él. El perro Hurtzof aullaba desde fuera, callándose á intervalos, como hacen los chantres al concluir los versos de un salmo en las Cuarenta Horas.

¡Cosa rara! Cualquiera hubiera dicho que el doctor Trifulgas había vuelto á su propia casa, y no obstante, él estaba bien seguro de no haberse extraviado y de no haber hecho el menor rodeo. No cabía duda alguna: se hallaba en el valle Karnion y no en Luktrop. Pero, por otra parte, veía el mismo corredor bajo y abovedado, idéntica escalera de madera con su gruesa barandilla, desgastada por el roce de la mano.

Subió y llegó á lo alto de la meseta. Una tenue luz se filtraba por debajo de la puerta del cuarto, como en el 4-6.

—¿Era una alucinación?... A la vaga claridad que proyectaba la luz reconoció su propia habitación; el sofá amarillo á la derecha; el arca forrada de hierro á la izquierda, y en la cual había depositado los ciento veinte fretzers.

Allí estaba su gran sillón con almohadones de cuero, allí su mesa de torneadas piernas, y encima, al lado de la lámpara que se extinguía, su Código abierto siempre en la misma página 197.

—¿Qué tengo, pues?... —murmuró.

—¿Qué tiene!... tiene miedo; sus pupilas se han dilatado; su cuerpo está contraído, y un sudor frío hiela su piel, por la cual siente correr rápidos temblores. Pero ¿qué haces, doctor? date prisa, la lámpara va á apagarse y el moribundo también.

Sí, la cama está allí, su propia cama con grandes columnas que sostienen gruesos y floreados cortinones cerrados. ¿Es posible que este sea el lecho de un miserable cabrero?

Con temblorosa mano, el doctor Trifulgas separó las cortinas y miró: el moribundo, con la cabeza fuera de las ropas que cubrían la cama, estaba inmóvil y como si estuviera dando las últimas boqueadas. El doctor se inclinó hacia él... al propio tiempo lanzó un grito estridente, indescriptible, al que contestó desde fuera el siniestro ladrido del perro.

—¡El moribundo no era el cabrero Vorl Kartif! No, era él mismo, el doctor Trifulgas, herido por una congestión cerebral con gravísimas complicaciones!

Sí, era para él para quien habían ido á buscarle, por quien habían pagado los ciento veinte fretzers. Para él, que por dureza de corazón rehusaba ir á curar al pobre cabrero. ¡Y ahora él, él mismo, era el que estaba á punto de expirar!

El descreído doctor parecía como en un acceso de locura. Se sentía perdido. Los accidentes del *otro él* crecían y se reproducían de minuto en minuto; no sólo tenía paralizadas las funciones del cerebro, sino que iban á cesar muy pronto los latidos del corazón y veía extinguirse su propia respiración.

—¿Qué hacer?... Disminuir la fuerza de la sangre por medio de una sangría. Un momento de vacilación, y el doctor Trifulgas era hombre muerto. Entonces, como hoy, los médicos curaban sangrando todos los atacados de apoplejía que no debían morir de ella.

El doctor abrió el estuche, cogió la lanceta y pinchó la vena del brazo de su *otro él*. La sangre no salió; le hizo fuertes frótaciones en el pecho, le aplicó ladrillos candentes en los pies; pero iba notando con espanto que sus pulmones cesaban de latir, que sus propios pies se enfriaban rápidamente. Entonces el doctor del lecho, su *otro él*, se incorporó, se debatió un instante y lanzó un supremo y último quejido... y el doctor Trifulgas, á pesar de todo cuanto podía inspirarle su mucha ciencia, murió en sus propias manos... ¡Frritt!... ¡Flace!...

Al despuntar el día, no quedaba en la casa del 4-6 más que un cadáver... el del doctor Trifulgas.

Colocáronle en un ataúd y fué conducido con gran pompa al cementerio de Luktrop, donde había él mandado á tantos otros con todas las reglas del arte... de curar.

En cuanto al viejo Hurtzof, dicen que sigue corriendo siempre con su linterna encendida y ladrando al perro perdido. Yo no sé si será verdad, pero ¡suceden cosas tan raras en este país de la Volsinia, y sobre todo en las cercanías de Luktrop!...

Por lo demás, lo repito, no busquéis este país en el mapa; los más sabios geógrafos no han podido aún ponerse de acuerdo respecto á la situación de su latitud.

Ni tampoco respecto á su longitud.

JULIO VERNE.

## POETAS AMERICANOS

(DE NICARAGUA)

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,  
Tu india virgen y hermosa de sangre cálida,  
La perla de tus sueños, es una histórica  
De convulsivos nervios y frente pálida.

Un desastroso espíritu posee tu tierra:  
Donde la tribu unida blandió sus mazas,  
Hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra,  
Se hieren y destrozan las mismas razas.

Al ídolo de piedra reemplaza ahora  
El ídolo de carne que se entroniza.  
Y cada día alumbra la blanca aurora  
En los campos fraternos sangre y ceniza.

Desdeñando á los reyes nos dimos leyes  
Al son de los cañones y los clarines,  
Y hoy, al favor siniestro de negros reyes,  
Fraternizan los Judas con los Caínes.

Bebiendo la esparcida savia francesa  
Con nuestra boca indígena semi-española,  
Día á día cantamos la *Marsellesa*  
Para acabar danzando la *Carmanola*.

Las ambiciones pérfidas no tienen diques:  
Soñadas libertades yacen deshechas;  
¡Eso no hicieron nunca nuestros caciques,  
A quienes las montañas daban las flechas!

Ellos eran soberbios, leales y francos,  
Ceñidas las cabezas de raras plumas,  
¡Ojalá hubieran sido los hombres blancos  
Como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla  
De la raza de hierro que fué de España,  
Mezcló su fuerza heroica la gran Castilla  
Con la fuerza del indio de la montaña



FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.<sup>o</sup>—MADRID.

RESIDENCIA DE PIEDRA: LA GRUTA DEL ARTISTA



RETRATO DE HERNAN CORTÉS

FOTOG. DE LAURENT.



HERMANAS (por Riant. — Paris, 1891).

¡Pluguiera á Dios las aguas antes intactas  
No reflejaran nunca las blancas velas;  
Ni vieran las estrellas estupefactas  
Arribar á la orilla tus carabelas!  
Libres como las águilas, vieran los montes  
Pasar los aborígenas por los boscajes,  
Persiguiendo los pumas y los bisontes  
Con el dardo certero de sus carcajes.

Que más valiera el jefe rudo y bizarro  
Que el soldado que en fango sus glorias finca,  
Que ha hecho gemir al zipa bajo su carro,  
O temblar las heladas momias del Inca.

La cruz que nos llevaste parece mengua;  
Y tras encanalladas revoluciones  
La canalla escritora mancha la lengua  
Que escribieron Cervantes y Calderones.

Cristo va por las calles flaco y enclenque,  
Barrabás tiene esclavos y charreteras,  
Y la tierra del Chibcha, Cuzco y Palenke  
Han visto engalonadas á las panteras.

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante  
En nuestra senda ha puesto la suerte triste:  
¡Cristóforo Colombo, pobre almirante,  
Ruega á Dios por el mundo que descubriste!

RUBÉN DARÍO.

## EL CLOWN

**E**n mi tiempo al clown se le llamaba payaso, y Tony fué el payaso más célebre de aquella época.

Su oficio consistía en hacer reír todas las noches al respetable público, que es una profesión más triste de lo que parece.

Las habilidades de Tony eran tan originales y chistosas, que, no obstante de ser muy limitadas, parecían siempre nuevas.

¡Aún creo verle con su enorme cara esférica embadurnada de albayalde y dos grandes rosetas de almazarrón en las mejillas; su peluca, unas veces blanca, otras encarnada y otras amarilla, terminando en una colosal pirámide; y aquella rica colección de trajes, de túnicas y pantalones amplísimos, con sus grandes botones y figuras estramboticas recortadas en paño de color y distribuidas por el pecho, las espaldas, los costados y las piernas!

Todas las noches se plantaba en el centro de la pista, de un salto con su correspondiente voltereta en el aire, que dando en pie y expidiendo, á modo de saludo, un prolongado berrido que hacía desternillar de risa á las gentes.

Su voz era una casa de fieras, pues imitaba los gritos de todos los animales; desde la última galería del Circo arrojaban á la arena doce sombreros cónicos, que encajaba unos en otros formando una esbelta columna; durante algunos minutos mantenía en el aire hasta ocho bolas de billar; tiraba á lo alto, con todas sus fuerzas y uno á uno, media docena de huevos que recibía en un plato sin quebrarles; con el ala de un sombrero representaba el sol, la luna, un guardia civil, un estudiante, un picador, un cura, una dueña, y un viejo casado con una muchacha joven y bonita; en este caso el ala se retorció en dos graciosos cuernos.

Tenía otras muchas habilidades; tocaba el violín en cuantas posturas es capaz de tener el cuerpo humano; recibía en las espaldas doscientos palos sin cesar de reír un punto, y cuando se hacía el muerto, ya podían arrojarle cubos de agua, pasarle papeles encendidos por la cara ó darle con una piedra en la cabeza, que él continuaba inmóvil y rígido como si tal cosa.

Pero lo que más entusiasmaba al ilustrado público, lo que le volvía loco, frenético y delirante de alegría, era el burro; un gracioso bo-

rrico negro y blanco, que saltaba sobre tabloncillos atravesados en su camino, cruzaba aros cubiertos de papel, decía la hora dando golpes con una de las patas delanteras, seguía á Tony como si fuera un perro, y hacía otras muchas lindizas así como los hombres hacen muchas burradas.

Apenas Tony aparecía en escena, el público exclamaba:

—¡El burro, el burro! ¡Qué salga el burro!

Y cuando, al fin, el apacible asno aparecía al trote, ¡qué de aplausos y risas! ¡qué de gritos y algazara!

Era cosa de apretarse los ijares siempre que Tony decía:

—Este burro es de mi familia.

Una vez, que chicos y grandes saboreaban tan deliciosa farsa, Tony, después de haber hundido la cabeza en el polvo y pronunciado un discurso con las piernas al aire, se dirigió á un niño de tres ó cuatro años que palmoteaba en la primera fila de sillas:

—Buenas noches, señorito,—exclamó el payaso;—¿está osté contento?

El muchacho hizo con la cabeza un signo afirmativo.

cómico que constituía la popularidad de Tony.

Un padre es algo serio, respetable y digno: es decir, todo lo contrario de lo que es un payaso, un clown.

Semejante incidente le valió una buena reprimenda del director de la compañía, quien, por primera advertencia, le dijo:

—Tony, tú aquí no tienes más padre, más hijo, ni otra familia que el burro; así place al bondadoso público, y así ha de ser.

Las cosas no hubieran ido más adelante á no haber enfermado el hijo de Tony, y ¡de qué enfermedad, divinos cielos! La pobre criatura moría estrangulada por el garrotillo.

¡Y á pesar de semejante infortunio, gracias á la tiranía de la necesidad, del hambre y de la miseria, tenía que presentarse aquella, como todas las noches, con su cara cubierta de almazarrón y albayalde, dar volteretas, reír, bailar y sostener un diálogo humorístico con su pariente el pollino!

Cuando Tony saltó sobre la arena de la pista, el berrido con que acostumbraba á saludar á la docta asamblea, se trocó en un inmenso sollozo que se prolongó indefinidamente.

La risa se heló en los labios de los concurrentes; algunos tuvieron miedo; aquel payaso parecía una fiera; en vez de berrear, rugía; ¿qué significaba esto?

Pasada la primera impresión, empezaron las protestas.

Tony, pensando en su hijo agonizante, continuaba sollozando y rugiendo como un loco, hasta que el bondadoso público, dando patadas en los bancos, prorrumpió en silbidos.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo!—clamaba el clown.

—Fuera! ¡fuera!—gritaban los espectadores.

De pronto, una voz estentórea exclamó:

—¡El burro! ¡el burro!

Y mientras Tony seguía gimiendo:

—¡Mi hijo! ¡mi hijo!

El público, el respetable público, vociferaba á coro:

—¡El burro! ¡el burro!

¡qué salga el burro!

El director, para calmar la tormenta, dió suelta al animal, y el pollino, al ver la cara de Tony, desfigurada en horribles muecas por la pringue que las lágrimas habían hecho con el almazarrón y el albayalde, llevando el compás con el rabo, comenzó á rebuznar desahoradamente.

La situación se agravó; algunos cascos de botellas y desperdicios de fruta fueron á estrellarse á los pies del clown y en las ancas del asno su compañero; hasta que el director, perdida ya la paciencia, saltó á la pista, y empujándola á empujones con el desdichado Tony, le sacó de allí bajo una lluvia de inmundicias.

—Hemos concluido, Tony, hemos concluido; que no te vuelva á ver en mi vida, le dijo por todo consuelo cuando estuvieron en salvo.

Para disipar el mal humor de los concu-

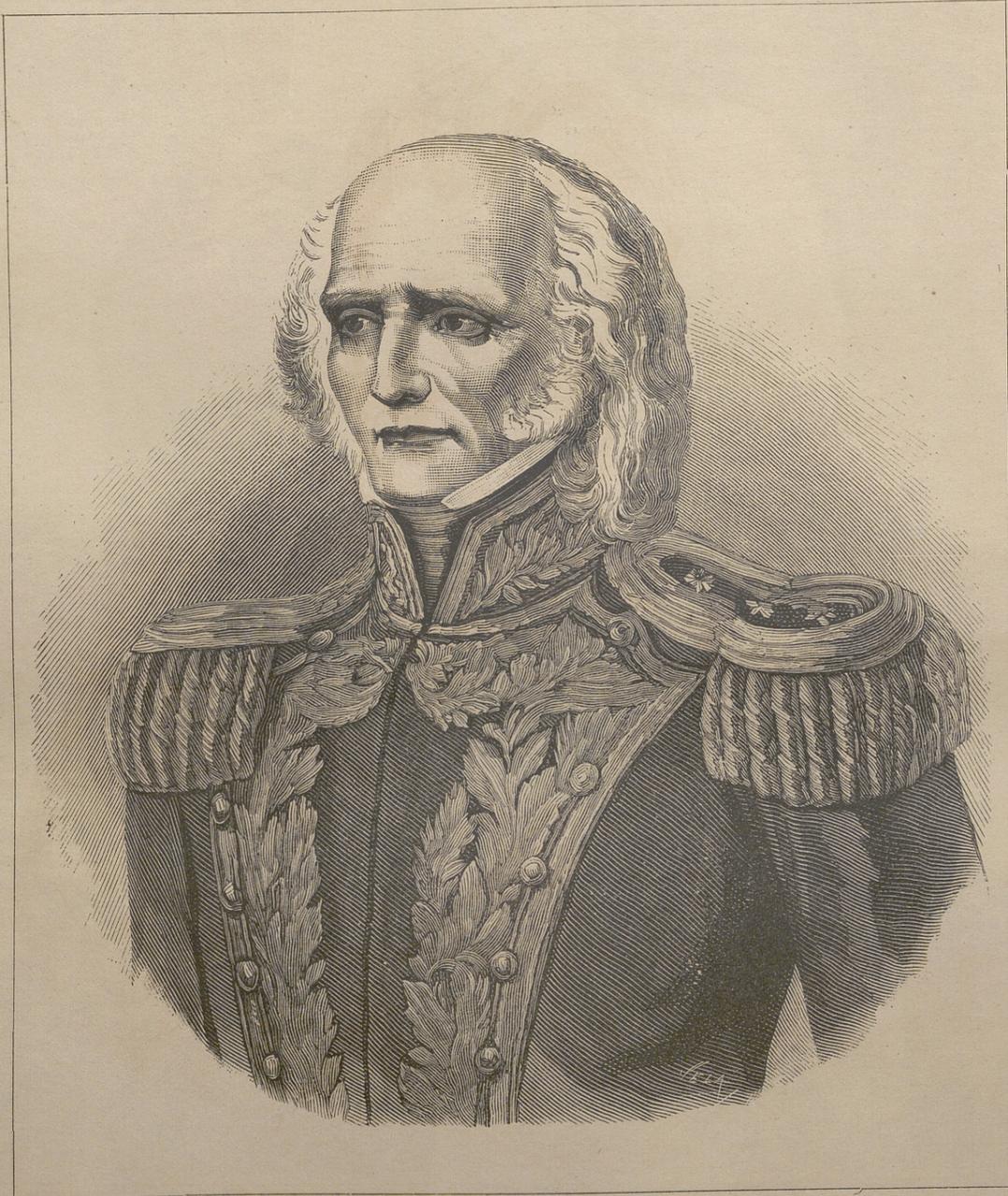
rentes, la orquesta rompió en un paso doble atronando la sala con las estrepitosas voces del metal y los destemplados golpes del bombo.

Poco después el ilustrado y bondadoso público aplaudía á rabiar al sustituto de Tony, el cual, imitando la voz y ademanes de un popular orador, dijo con gran parsimonia:

—Señoras y señores: Tengo el sentimiento, el profundo sentimiento de participar á ustedes que Tony, el ingrato Tony, nos abandona para siempre. Mal aconsejado por su pariente el pollino, renuncia al honor de divertirnos y se dedica al género trágico.

Y al decir trágico, levantó el codo, abrió los cinco dedos de la mano, introdujo varias veces el pulgar en su enorme boca, y dando tumbos se fingió borracho.

P. P. GIL.



EL GENERAL ARTIGAS, FUNDADOR DE LA NACIONALIDAD URUGUAYA

—Pues yo alegrarme mucho de ello, y yo estar también contento de que osté se divierta.

Entonces Tony le estrechó la mano, le acarició la ensortijada melena, y volviéndose hacia el complaciente público, que aun no había encontrado el chiste de aquella escena, prorrumpió con voz afable:

—A mí gustar mucho los niños; yo tener uno así. Y puso la mano poco más de un palmo sobre el suelo.

Esta salida, no anunciada en los carteles, desagradó bastante al bondadoso público, que iba allí á gozar y á digerir la bazofia alegremente, no á oír ternezas ni sensiblerías ridículas.

El oficio de Tony era hacer reír: no comover.

Además nadie suponía que aquella horrible careta encubriese el rostro afable y cariñoso de un padre, y esto contrarió mucho el efecto

CENTENARIO DE COLÓN

CABALGATA HISTÓRICA EN MADRID



É aquí el programa ideado por los Sres. Bussato y Burgos (D. J.) para la procesión cívica que ha de celebrarse en Madrid el día 23 de Octubre próximo:

PRIMERA PARTE

Recuerdo de la rendición de Granada.

1.º Cuatro heraldos á caballo, llevando estandartes con los escudos de los Reyes Católicos, y en aquéllos y en las dalmáticas las armas de Castilla, León, Aragón y Navarra.

2.º Una guardia de veinte arqueros con su jefe.

3.º Veinte arcabuceros.

4.º Dos jefes árabes del ejército de Granada, á caballo.

5.º El Rey Boabdil, copia de la figura del célebre cuadro de Pradilla *La rendición de Granada*, existente en el Senado.

El Rey moro lleva en la mano las llaves de la ciudad rendida en los comienzos del memorable año que se recuerda. Un esclavo conduce el caballo del Rey.

6.º Séquito del Rey Boabdil, compuesto de doce jefes y personajes moros, lujosamente ataviados.

7.º Una guardia de treinta piqueros castellanos.

SEGUNDA PARTE

Los frailes de la Rábida.

8.º Comunidad del convento de Santa María de la Rábida, compuesta de treinta y ocho religiosos de la Orden de San Francisco, presidida por el guardián Fray Juan Pérez y por el padre Marchena, admiradores ambos y decididos protectores del gran navegante. Entre estos dos últimos camina el niño Diego Colón, hijo del Almirante y pupilo y discípulo de ambos religiosos.

TERCERA PARTE

Las Carabelas.

9.º Banda de música.

10. Los tres hermanos Pinzón, Martín Alfonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín, inteligentes pilotos y armadores del puerto de Palos y entusiastas compañeros de Cristóbal Colón en su primer viaje de descubrimientos.

11. Ocho marineros preceden á la carabela *Niña*, en carroza tirada por seis caballos conducidos por marineros.

12. Cuerpo de guerreros, aventureros y otros individuos que tomaron parte en la primera expedición.

13. Ocho marineros delante de la carabela *Pinta*, en carroza tirada por seis caballos y conducida y escoltada, como la anterior, por marineros y demás tripulantes.

14. Carabela *Santa María*, barco mandado por Colón en su primer viaje, en carroza tirada por ocho caballos y precedida y seguida de guerreros, marineros y demás dotación del buque.

Las tres carabelas, de gran tamaño y presentadas con la mayor exactitud, se han construido con arreglo á los modelos dados por el ilustrado pintor restaurador del Museo Naval D. Rafael Monleón, director de la reproducción de la carabela *Santa María*, construída en el arsenal de La Carraca.

El estandarte Real, la insignia de Colón y banderas y gallardetes adornan los palos de las tres carabelas.

CUARTA PARTE

Los Reyes Católicos.

15. Banda de música.
16. Doce alabarderos.
17. Un timbalero y cuatro trompeteros.
18. Dos maceros de toda gala.
19. Los Reyes Católicos Isabel y Fernando á caballo, presentados en la forma que aparecen en el ya citado lienzo de Pradilla. Cuatro pajes conducen los caballos.
20. Los Infantes D. Juan y Doña Juana á caballo.
21. El gran cardenal D. Pedro González de Mendoza, Fray Hernando de Talavera, Obispo y confesor de la Reina, y Fray Diego de Deza, sabio Sacerdote de la Junta de Salamanca y Arzobispo de Sevilla, montados en mulas.
22. Comitiva de los Reyes á caballo, compuesta de altos personajes de la nobleza, marchando al frente la ilustre dama de la Reina, Doña Beatriz de Bobadilla, Marquesa de Moya, entusiasta y consecuente protectora de Colón.
23. Dos priores de las Ordenes militares.
24. Ocho lanceros á caballo cierran la marcha.

con todas las armas y atributos de marina y guerra, dominando en lo alto el busto dorado de Cristóbal Colón en medio de una gran guirnalda de laurel y roble que lo circunda, coronándolo. Sobre la guirnalda la estrella del Genio, y desplegada al aire una cinta blanca y oro que lleva el nombre de *Genova*, patria del Almirante. Sirviendo de dosel á lo descrito la vela mayor de la carabela *Santa María*, cuyo nombre va en la lona. Al pie de las gradas que sirven de base al monumento vese la figura de *España* recibiendo cariñosamente á *América*, y señalándole el escudo y armas de la inmortal *Reina Católica*. *América* sujeta con la mano izquierda las bridas de los caballos marinos que van detrás, hacia el centro de la carroza, conduciendo sobre las ondas una gran concha, en la que va el *Mundo*, dibujándose en él los contornos del nuevo Continente. A los pies de *España* y *América*, gran cantidad de coronas y flores sirven de alfombra. Una larga gasa, adornada de estrellas, desciende desde lo alto del palo mayor de la carabela y cae sobre el *Mundo*, como recogiendo y simbolizando la unión de ambos Continentes. Cuatro pebeteros marinos esparcen constantemente sus perfumes. Al frente de la carroza *La Fama*, anuncia al mundo el acontecimiento que se conmemora. Un rico manto cubre el remate de la carroza, donde se elevan árboles y plantas del Continente descubierto.

Los escudos de la villa de Madrid manifiestan el tributo de admiración y la parte principal que toma el Ayuntamiento de la capital de España en la gran fiesta que solemniza la nación entera en el presente año.

28. Diez y seis caciques indios, con vistosos adornos de plumas, collares, armas, atributos y demás detalles que los caracterizan, siguen á la carroza.

29. Una banda de música cierra esta última parte de la procesión histórica.

30. A continuación marchará la Presidencia, acompañamiento é invitados por la Corporación municipal y dos coches de la Real Casa de respeto, uno de los cuales será el llamado de *Doña Juana la Loca*.

Fuerzas de la Guardia civil á caballo y agentes de Orden público y del Municipio escoltarán y acompañarán la cabalgata.

ITINERARIO

Se formará la procesión en el Hipódromo, siguiendo el Paseo de la Castellana hasta la plaza de Colón. Seguirá por el Paseo de Recoletos, calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle del Arenal, plaza de Isabel II, calle de Felipe V á la plaza de Oriente, pasando por delante de la puerta del Príncipe, del Palacio Real, calle Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, plaza de las Cortes, disolviéndose en el Campo de la Lealtad.

MALATESTA.



CASTELLI

QUINTA PARTE

Alegoría del descubrimiento y homenaje á Colón.

25. Banda de música.
26. Doce indias y doce indios de las primeras islas descubiertas. Cuatro de los segundos conducen á hombros, en parihuelas de palmas, ídolos, vistosos pájaros, oro, frutos, armas y otros objetos de los hallados en el Nuevo Mundo.
27. Alegoría del descubrimiento.—Carroza monumental tirada por diez caballos lujosamente engalanados y empenachados, conducidos por pajes.

DESCRIPCIÓN DE LA ALEGORÍA

Sobre las ruinas de un monumento azteca forma artístico adorno un rico y detallado trofeo

EL RUISEÑOR DE INVIERNO

I

Noviembre es mes de pesares:  
la flor hiela y pone mudos  
los cantares.

Tiene cara traicionera;  
finge invierno, y finge á veces  
primavera.

¡Pobre pájaro perdido!  
¡Pobre ruiseñor de invierno!  
¿Buscas nido?

¿Buscas ecos á tus cantos?  
Oye y mira.... ¡Sólo sombras!  
¡Desencantos!

La bóveda cristalina  
ya no es cielo; ya es un techo  
de cocina.

El sol, tras nieblas ingratas,  
es un ojo á quien anublan  
cataratas.

En fila, esqueletos tiesos,  
están los árboles grises,  
en los huesos.

A la tierra faz de ancianas  
da la nieve, con arrugas  
y con canas.

¿Qué murmulla el sordo viento?  
De ateridos caminantes,  
el lamento.

¡Oh! ¡Cuán mísero escenario  
ahora tienes, gran artista  
solitario!

Ya no ves, por candilejas,  
aquellas luces doradas  
y bermejas,

del Abril en clara noche,  
mientras desplegaba el lirio  
su azul broche.

¿Para qué trovas entonces?  
Te responden risas necias  
ó burlonas.

Cantando en medio del barro,  
el de un tenor, es tu acento,  
con catarro.

Nadie, nadie ya te escucha.  
Ni hasta el cielo, que ahora duerme  
con capucha.

## II

Porque, con ala ligera  
te elevaste, no tuviste  
compañera.

Otros pájaros, de vuelo  
más ruin, gozaron dichas  
en el suelo.

¡Ni aun tu amor! Pensaste en vano  
verlo á salvo de disputas  
de tu hermano.

El amor, que es el aliento  
en que la flor perfumada  
baña al viento;

el amor, el tibio rayo  
que torna al insecto, en vida,  
su desmayo;

don celeste; libre nube;  
fértil linfa que entre rocas  
rauda sube;

te fué, ¡oh trovador alado!,  
en concurso de rivales,  
denegado

por otro, de mejor pico,  
de plumaje más vistoso  
ó más rico.

¡Pobre ruiñeñor de invierno!  
Tus tristezas no pregones  
en son tierno.

Muda tu canto en silbido  
de reptiles, ó de fieras  
en rugido.

Suspende tu melodía  
hasta que ilumine al mundo  
nuevo día;

hasta que, donde te alojas,  
cubran en frondoso bosque  
verdes hojas;

hasta que pueble el espacio  
la belleza, y recupere  
su palacio.

## III

Cuando, sin bruma, y tranquila,  
refleje el azul del cielo  
la pupila;

y el amor vuelva á ser fuente,  
sin fondo de cieno, y copie  
pura frente;

entonces himnos exhala,  
y estrecha á una dulce amiga  
bajo el ala.

Mas, el sol hoy está muerto,  
é, insepulto, su cadáver  
flota yerto.

Cual roto espejo, la luna,  
menguada y turbia, escarnece  
tu fortuna.

Hambriento de muerte y robo,  
desde la selva amenaza  
y aulla el lobo.

Calla tú, del bosque corre,  
y escóndete en las rendijas  
de una torre.

Noviembre es mes de pesares:  
la flor hiela, y pone mudos  
los cantares.

JOSÉ DE SILES.

## CRISTÓBAL COLÓN

(Continuación.)



AN Agustín iba más lejos, y califica-  
ba de iniquidad el tener fe en la  
existencia de los antípodas.

«Esto equivaldría á suponer— decía—  
que existen naciones que no descienden  
de Adán, lo que destruiría la afirmación  
de la Biblia, en la cual se establece que  
todos los hombres descienden de un mis-  
mo padre.»

Otros doctores, confundiendo una metáfora  
con el sistema del mundo, citaban al geógrafo  
aquel versículo de los salmos, en que se dice que  
Dios extendió el cielo sobre la tierra como una  
tienda, de lo que deducían que la tierra era  
plana.

Colón respondía en vano á sus contrincantes,  
usando de una piedad que en nada se oponía á las  
leyes naturales; en vano, siguiéndoles en el terre-  
no de las disquisiciones teológicas, se mostraba  
más ortodoxo y religioso que ellos, porque se en-  
tusiasaba más ante la obra de Dios; su elo-  
cuencia, inspirada en la verdad, perdió inútil-  
mente sus rayos y claridades en las tinieblas vo-  
luntarias de aquellos espíritus obstinados. Sólo  
hubo algunos que se mantuvieron dudosos ó que-  
brantados al oír al célebre marino. Diego de  
Deza, fraile que pertenecía á la orden de Santo  
Domingo, hombre superior á su siglo, y que más  
tarde fué elegido Arzobispo de Toledo, fué bas-  
tante audaz para luchar con las preocupaciones  
del Consejo y apoyar con su autoridad y su pala-  
bra las teorías que Colón desenvolvía; pero sus  
esfuerzos no pudieron vencer la obstinación é  
indiferencia de sus otros compañeros. Las confe-  
rencias se multiplicaron, sin que guiaran á una  
conclusión satisfactoria. Por fin languidecieron,  
y dejaron la verdad envuelta en aplazamientos  
—que son el último refugio del error— hasta que  
quedaron olvidadas por la guerra emprendida  
por Fernando é Isabel contra los moros de Gra-  
nada. Burlado, entristecido, despreciado y soste-  
nido sólo por el favor de la Reina y por el apoyo  
que á sus teorías había prestado el monje Deza,  
Colón siguió con gran escasez de medios al ejér-  
cito y la corte, yendo de pueblo en pueblo y de  
campamento en campamento, acechando la hora  
en que se le concediese un momento de atención,  
que era muy difícil de obtener entre el rumor y  
estrucendo de las armas. Pero aunque le fuese  
adversa la fortuna, no por esto la Reina dejaba  
de favorecer á aquel hombre, en cuyo desprecia-  
do genio no había cesado de esperar ni un ins-  
tante. Allí donde la corte sentaba sus reales, Isa-  
bel mandaba reservar á Colón, ya una casa, ya  
una tienda, y ordenaba á su tesorero que le diera  
lo necesario á su subsistencia, no como importu-  
no huésped que mendiga un triste y miserable  
auxilio, sino como persona distinguida que hace  
honor al reino y á quien el soberano desea man-  
tener en su servicio.

Así transcurrieron muchos años, durante los  
cuales, el rey de Portugal, el de Francia y el de  
Inglaterra, sabiendo por sus embajadores que  
existía un hombre extraño que ofrecía un mundo  
nuevo, le hicieron sus ofertas; pero el tierno re-  
conocimiento que profesaba á Isabel y el amor  
que sentía por doña Beatriz Enriquez de Córdoba,  
ya madre de su segundo hijo Fernando, hie-  
cieron que no las aceptase y que le retuviesen  
en la corte. A cambio de su bondad, Colón reser-  
vaba á aquella reina un imperio. Asistió al cer-  
co y á la conquista de Granada; vió cómo Boab-  
dil entregaba á Isabel y Fernando las llaves de  
esta ciudad y de la Alhambra, y figuró en el cor-  
tejo que seguía á los reyes cuando hicieron su  
triumfal entrada en aquel refugio del islamismo.  
Desde lo alto de sus muros y sus cimas, Colón  
veía otras conquistas y otras triunfales entradas  
en más vastas posesiones. Todo, comparado á  
sus pensamientos, le parecía mezquino.

La paz que en 1492 siguió á aquella conquista,

motivó la creación de otro consejo que debía  
examinar y dar cuenta de sus planes. Su opinión  
combatida en vano—lo mismo que en Salamanca  
—por Diego de Deza, consistió en rechazar las  
ofertas del aventurero genovés, ya que no como  
impias, á lo menos como quiméricas y comprome-  
tedoras para la dignidad de la corte, quien no  
podía autorizar una empresa fundada en tan dé-  
biles cimientos. Esto sin embargo, influido Fern-  
nando por Isabel endulzó la acritud de esta re-  
solución, y al comunicarla al famoso navegante,  
le hizo entrever la esperanza de que tan luego  
como se hubiese verificado la expulsión de los  
árabes, la corte favorecería con sus subsidios y  
marina el descubrimiento y la conquista del  
mundo en el cual desde tantos años pensaba.  
Aguardando sin sobra de ilusiones la realización  
siempre aplazada de estas promesas del Rey y de  
los deseos mucho más sinceros de la Reina, Colón  
entró en negociaciones con los duques de Medi-  
nasidonia y de Medinaceli para que sufragaran los  
gastos que necesitaba en su empresa. Uno y otro  
poseían naves y puertos en las costas españolas,  
y uno y otro quedaron al principio seducidos ante  
la perspectiva y la gloria de poseer grandes y  
desconocidas regiones que aumentarían el brillo  
de su casa; mas la incredulidad y la indiferencia  
no tardaron mucho en apoderarse de sus ánimos,  
y las ofertas de Colón fueron también rechazadas.

La envidia se encarnizaba en él antes de que  
el éxito coronara sus esfuerzos; le perseguía an-  
ticipadamente y como por instinto hasta en sus  
mismas esperanzas; le disputaban hasta aquello  
que era calificado por ella de quimera. Así es  
que vertiendo tristes y abundantes lágrimas re-  
nunció de nuevo á sus tentativas. La frialdad  
con que le escuchaban los privados, la obstina-  
ción con que los frailes rechazaban sus teorías  
diciendo que eran impiedades científicas; las  
vanas promesas y los eternos aplazamientos le  
sumergieron después de seis años de angustias  
en tan grande desaliento, que renunció á gestio-  
nar el favor de aquellos reyes y decidió ofrecer  
su mundo al de Francia, del cual había recibido  
indicaciones favorables.

Arruinado en su fortuna, perdida la esperan-  
za, fatigado por aguardar en vano los medios  
que pedía y roto su corazón por la necesidad en  
que estaba de arrancarse al amor que con Doña  
Beatriz le unía, cierto día salió á pie de Córdoba,  
ya que no con la perspectiva de un porvenir ha-  
lagüeño, cuando menos en la esperanza de hallar  
algún consuelo en el monasterio de la Rábida,  
donde continuaba su bueno y fiel amigo fray  
Pérez de Marchena. Colón se proponía recojer  
en él á su hijo Diego, traerlo á Córdoba y dejarlo  
al cuidado de doña Beatriz, madre natural de  
Fernando. Educados ambos hermanos bajo la vi-  
gilancia y cariño de su esposa, contraerían el uno  
hacia el otro un tierno y fraternal amor, única  
herencia que le permitía dejar su infortunio.

Fray Pérez de Marchena vertió abundantes  
lágrimas cuando vió llegar á pie á su amigo,  
vestido aún más miserablemente que cuando por  
primera vez le recibió en el convento, demos-  
trando con la pobreza de su traje y la tristeza de  
su semblante la incredulidad de los hombres y  
la ruina de sus esperanzas. Mas la Providencia  
había ocultado en el corazón de la amistad el  
resorte de la fortuna que el navegante esperaba.  
La fe del pobre monje en la verdad y en los futu-  
ros descubrimientos de su infeliz protegido, en  
vez de abatirle, no hizo más que indignarle y  
acrecentar las caritativas simpatías que le ins-  
piraba su desgracia.

Abrazó á su huésped y gimió y lloró en sus  
brazos; pero recobrando luego toda su autoridad  
y energía mandó por el médico Fernández, el  
antiguo confidente de los misterios que llevaba  
en su corazón y su cerebro el famoso navegante,  
y llamó también á Alonso Pinzón, y á Sebastián  
Rodríguez, que era diestro y consumado piloto de  
Lepi. Las ideas de Colón, nuevamente desarrol-  
ladas ante este reducido consejo de amigos, exalta-  
ron más y más su fantasía. Se le suplicó que se  
quedase, que tentase más la fortuna, que conse-  
rase para España, aunque ingrata é ingrata, la  
gloria de una empresa que no tenía rival en la  
historia. Pinzón le prometió auxiliar con sus na-  
ve y riquezas el armamento de la inmortal flota  
que debía partir al Nuevo Mundo tan pronto  
como el gobierno le autorizase para emprender  
su viaje. Fray Pérez escribió, no al confesor de  
la Reina, sino á la Reina misma interesando su  
conciencia y su gloria para la realización de una  
empresa que haría trocar por la fe la idolatría de  
muchísimas regiones. Hizo gigantescos esfuerzos  
para que no se rechazasen las ofertas de su ami-  
go y encontró el calor y la persuasión de la elo-  
cuencia en la amistad que profesaba á Colón y  
en el entusiasmo que le inspiraba la futura gran-  
deza de su patria. Profundamente desalentado el  
marino, se resistió á llevar su mensaje á una cor-  
te donde no había encontrado más que lentitud é  
indiferencia, y entonces Rodríguez, el piloto, se  
encargó de llevarla él mismo á Granada, donde  
aquella residía. Partió acompañado de los votos  
y plegarias de Colón y sus amigos, y á los catorce  
días verificaba su triunfal regreso al convento.  
La Reina había leído la carta de fray Pérez de  
Marchena é impresionada por ella de un modo  
favorable, ordenaba al venerable prior que fuese

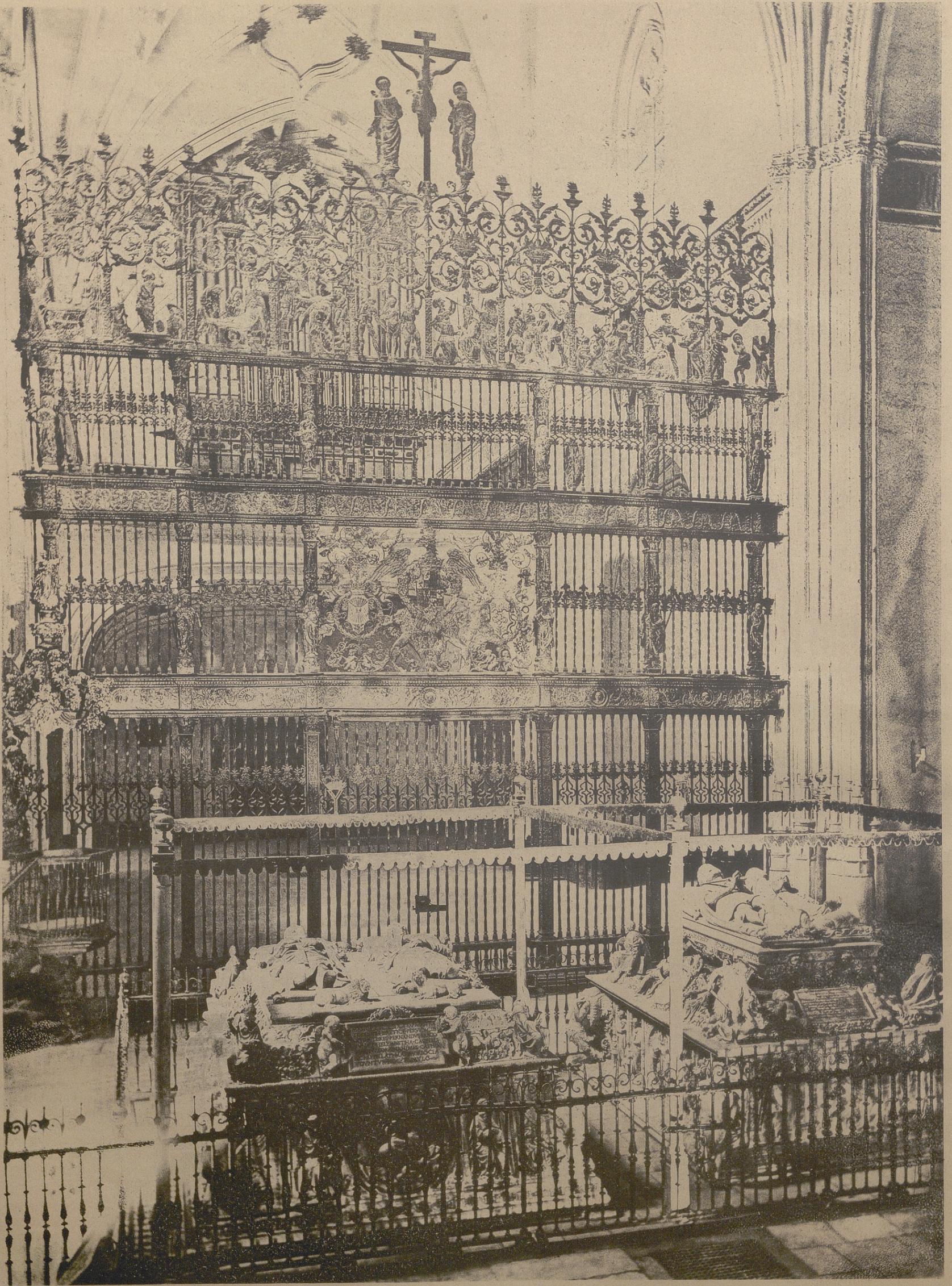


FOTOG. DE J. LAURENT Y C.<sup>ta</sup>

PROCLAMACIÓN DE BOABDIL

Placido Frances lo pintó.

P. Frances del.



FOTOG. DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.<sup>o</sup>—MADRID.

SEPULCROS DE LOS REYES CATÓLICOS Y DE DOÑA JUANA Y FELIPE EL HERMOSO  
EN LA CAPILLA REAL EN GRANADA

inmediatamente á la corte y dijese á Colón que aguardase en la Rábida su vuelta al monasterio y la decisión del consejo.

Fray Pérez, ebrio de dicha, hizo que ensillaran una mula sin pérdida de tiempo y en aquella misma noche se puso en camino, solo y á través de un país que se hallaba infestado por los moros. Sentía que el cielo protegía en él el gran destino que á su amigo reservaba. Llegó á la corte y se le abrieron de par en par las puertas de palacio. Vió á la Reina, y con el ardor de sus propias convicciones resucitó en ella la fe y el celo que el gran proyecto de Colón le había ya inspirado. La Marquesa de Moya, favorita de Isabel, se apasionó, llevada por su piedad y entusiasmo, por el protegido del monje. El corazón de aquellas dos mujeres, encendido por la elocuencia de un pobre fraile, triunfó de todas las resistencias de la corte. Isabel mandó á Colón cierta suma de dinero cogido en su tesoro particular para que comprase una mula y vestidos con los cuales pudiese ir inmediatamente á la corte. Fray Pérez, que se quedó en ésta para sostener en su crédito á su amigo, envió tan felices nuevas por medio de un mensajero al convento de la Rábida, cuyo mensajero entregó una carta y la cantidad de dinero al médico Fernández, de Palos, á fin de que éste, á su vez, las entregase al navegante.

Habiendo comprado una mula y tomado un criado, Colón llegó á Granada y fué admitido en el consejo de Fernando para discutir sus planes.

«En aquella época, dice un testigo ocular, se veía un hombre oscuro y desconocido que seguía la corte, confundido por los ministros de los reyes con la muchedumbre de pretendientes importunos, el cual hablaba en los rincones de las antecámaras de un pomposo proyecto para descubrir un mundo. Grave, melancólico y abatido en medio de la pública alegría, parecía ver con indiferencia la conquista de Granada que llenaba de orgullo y satisfacción á las dos cortes. Este hombre se llamaba Cristóbal Colón».

Las dificultades y obstáculos que se ofrecieron al discutir y aceptar su proyecto, se originaron entonces en Colón mismo. Seguro de que hallaría el continente que ofrecía á España, quería por respeto á la grandeza del presente que ofrecía al mundo y á sus reyes, que éstos fijasen para él y sus descendientes condiciones dignas, no precisamente por él, sino por la alteza de su obra. A carecer de legítimo orgullo hubiese creído faltar á la fe que había puesto en Dios y á la dignidad de la misión que éste le había confiado. Pobre, sin recursos, sin apoyo, trataba como un soberano de las regiones que sólo existían en su fantasía.

«¡Un mendigo, decía Fernando de Talavera, presidente del consejo, quiere imponer á los reyes las condiciones de un rey!»

Exigía el título y privilegios de almirante; el poder y los honores de virrey de todos los países que á consecuencia de sus descubrimientos añadiría á la corona de España y el diezmo á perpetuidad para él y sus descendientes de todas las rentas de las posesiones descubiertas.

«¡Singulares exigencias de un aventurero, exclamaban sus adversarios en el Consejo, por las que se le concedían el mando de una flota y un virreinato sin límites en caso de alcanzar buen éxito en su empresa y que á nada le obligaba si no lo obtenía, ya que nada tenía que perder en su miseria!»

Primero el Consejo hubo de extrañar sus exigencias y luego concluyó por indignarse. Ofreciéronse condiciones menos onerosas á los reyes de España; mas Colón desde el fondo de su indigencia las rechazó con entereza. Cansado pero no vencido por diez y ocho años de prueba á contar desde el día en que surgió en su cerebro el proyecto que ofreció en vano á los poderes de la tierra, Colón se hubiese avergonzado al rebajar el precio del don que la Providencia le había concedido. Se retiró digna y respetuosamente del Consejo, y volviendo á montar en su mula, presente de la reina, volvió á emprender el camino de Córdoba para dirigirse desde esta ciudad al vecino reino de Francia.

Al conocer Isabel la marcha de su protegido, tuvo el presentimiento de las grandes cosas que con aquel hombre se alejaban. Indignése contra unos consejeros que, según ella decía, regateaban á Dios el precio de un grande imperio y la salvación de millares de almas que vivían en la idolatría. La marquesa de Moya y Quintanilla, intendente de Isabel, participaron de su remordimiento y llegaron á avivarlo. El Rey, más frío y calculador que ella, vacilaba: los gastos que se debían hacer y la penuria en que se hallaba la hacienda retenían sus impulsos.

«¡Pues bien! gritó en un transporte de generosidad la reina: ¡yo cargo con los gastos de la empresa á nombre y en beneficio de la corona de Castilla! Empeñaré mis alhajas para subvenir á las necesidades de la flota! (1). Esta corazonada de una mujer triunfó del espíritu económico del

(1) Esto es lo que dice Lamartine y casi todos los autores que se han ocupado del descubrimiento del Nuevo Mundo; pero, sin que tratemos de rebajar la gloria y justa fama de tan digna y excelsa reina, diremos, sin embargo, que según las indagaciones históricas últimamente verificadas, Isabel no tuvo necesidad para acudir en auxilio de Colón del sacrificio de sus alhajas, sino que los gastos del viaje hecho por el famoso navegante salieron de los fondos de la corona de Aragón, que, según ya se ha visto en el texto, se hallaba unida á la de Castilla. (N. del T.)

rey, y por un cálculo mucho más sublime adquirió incalculables tesoros para ambas monarquías. El desinterés inspirado en el entusiasmo es la verdadera economía de las grandes almas y la verdadera sabiduría de los grandes políticos.

Se mandó en busca del fugitivo, y el mensajero que se le envió le alcanzó á algunas leguas de Granada, en el puente de Pinos, famoso desfiladero entre cuyos peñascos los moros y los cristianos habían mezclado su sangre tantas veces. Colón, vivamente impresionado, volvió á echarse á los pies de tan grande y piadosa reina, y ésta alcanzó con sus lágrimas que Fernando aceptase las condiciones por aquél impuestas. Al servir la causa de aquel grande hombre, Isabel creía servir la causa de Dios mismo, cuya existencia ignoraba la mayor parte del género humano que iba á conquistar á la fe. Aquella mujer veía el reinado celestial en las adquisiciones que su protegido iba á hacer para su imperio. Fernando sólo veía en ella el reinado terrestre. Soldado de la cristiandad y vencedor de los moros, todos los hombres que conquistaba á la fe de Roma acrecentaban el número de sus vasallos. Los millones de hombres que iba á convertir al cristianismo por el descubrimiento de aquel aventurero, le habían sido concedidos de antemano por las bulas del pontífice. Todo lo que no era cristiano á sus ojos era esclavo por el derecho; aquella parte de la humanidad que no estaba sellada con el sello de Jesucristo, no estaba para él sellada con el sello del hombre. Roma se la daba en nombre de su soberanía espiritual en la tierra y en el cielo y Fernando era bastante crédulo y al mismo tiempo bastante político para aceptarla.

El tratado entre Fernando, Isabel y aquel pobre aventurero que unos años antes había llegado casi á pie á la corte, y que no tenía más asilo que el pórtico de un monasterio, fué firmado el 17 de Abril de 1492 en Granada. Isabel tomó por su cuenta y en nombre del reino de Castilla los gastos de aquella expedición famosa. Habiendo sido la primera que había dado crédito á las promesas de Cristóbal Colón, natural era que cargase con el riesgo que tan sublime empresa ofrecía. Se señaló á aquél el insignificante puerto de Palos, situado en las costas andaluzas, como el sitio más á propósito para organizar su expedición y como el punto de partida de su flota. El pensamiento concebido en el monasterio de la Rábida por fray Pérez y sus amigos, que avocindaba con aquel puerto, volvía al mismo punto del cual había salido. El padre Marchena iba á presidir la organización de la flota y á presenciar cómo se desplegaba al viento en busca de aquel mundo que había visto con Colón con la mirada de la fe y del genio.

ALFONSO DE LAMARTINE.

(Continuará.)

## PSICOLOGÍAS

(Á mi amigo Carlos Miranda.)

Vaya un aplauso, y diez, y cien si quieres, mientras sostengas con ardor, cuando hables, que se puede adorar á mil mujeres, si se hallan mil mujeres adorables. Mi corazón, que es sabio en ese punto, con el saber del corazón que siente, y que jamás me miente cuando por sus secretos le pregunto, desde la cárcel en que vive preso, penado por amor perpetuamente, me dice acerca de eso que él ha sentido el éxtasis divino que sin cesar le acosa, cuantas veces ha hallado en su camino una mujer hermosa. Y no es una ilusión lo que te cuento. Yo sé que quise á una mujer muy bella con tan loco ardimiento, que aun su recuerdo, cuando pienso en ella, tiene tanto esplendor como una estrella que me inunda de luz el pensamiento; pero, olvidada la pasión aquella, sé también que volvieron mis amores, y que, en iguales luchas, amé una vez, y luego amé otras muchas, con los mismos frenéticos ardores, con este mismo afán con que aun me abraso del mundo en los vaivenes; con este mismo amor, mortal acaso, que hasta estima placer dormir al raso en el invierno cruel de los desdenes.... ¡Cómo creer, sosténgalo quien quiera, que el amor sea un fuego de llama tan efímera y ligera, que brille un punto, languidezca luego, vacile al fin, y para siempre muera! El que yo tantas veces he sentido, puede caer en manos del olvido cada vez que sus ídolos destrona; pero recobra pronto sus fulgores, surge otra vez, y cambia de persona como cambia la aurora de colores. Por eso nunca oculto mi juicio, contra el lema de esos monoteístas por sistema que á un solo Dios de amores rinden culto, y burlome á tu modo

de ese empeño infantil de los sentidos, en hacer del amor, que es alma todo, una cuestión de nombres y apellidos.

ANSELMO GUERRA.

## NUESTRAS ILUSTRACIONES

**La gruta del artista.**—De la pintoresca y hermosa residencia del Monasterio de Piedra damos á la estampa la llamada *Gruta del artista*, la cual, por su rara estructura, la amenidad del sitio en que se halla enclavada y los caprichosos saltos de agua que la rodean bien merece el poético nombre con que se la ha designado.

**Hernán-Cortés.**—Entre las grandes figuras que se destacan en el portentoso acontecimiento del descubrimiento y ocupación de América por los españoles se encuentra en primera línea Hernán-Cortés, cuyo retrato publicamos, gran capitán, hombre heroico, valeroso y de sin par inteligencia, digno por sus hechos de ser comparado con los más grandes guerreros que cantó la musa helénica.

El conquistador de Méjico ignala, si no supera, en genio y valor á los Césares y Alejandro, pues con sólo un puñado de hombres, después de quemar las naves, sometió el más poderoso y fuerte imperio que había en el continente americano.

**Hermanas.**—Este caprichoso cuadro de Riant ha obtenido gran éxito y resonancia en el mundo artístico europeo, tanto por su admirable ejecución como por la sencillez y poesía del asunto.

Representa á una profesora y á una novicia entregadas á delirios místicos bajo los frondosos árboles de la huerta del convento.

**El General Artigas.**—Es la figura más venerada del pueblo cuyos destinos rige hoy el digno Presidente de la República Oriental del Uruguay D. Julio Herrera y Obes.

Fué el general Artigas el fundador de la nacionalidad de su patria.

Actualmente lleva un buque de guerra su nombre esclarecido por sus conocimientos militares, su desinterés y su patriotismo, enaltecido de mil modos por sus conciudadanos, que le tributaron los mayores honores en vida y han dedicado siempre á su recuerdo frases de elogio y de entusiasta afecto.

Está tomado el retrato que ofrecemos á nuestros lectores de uno de los pocos que se conservan mejor del célebre militar y hombre de Estado, de quien á grandes rasgos hemos dado idea en estas líneas.

**Castelli.**—Uno de los caudillos más notables que ha tenido la República Oriental del Uruguay ha sido sin disputa Castelli, cuya memoria conserva aquel pueblo con admiración y cariño.

El retrato del célebre patricio sudamericano que hoy publicamos en ESPAÑA Y AMÉRICA lo representa fielmente.

El nombre de Castelli se hizo bien pronto popular en la Banda Oriental, siendo uno de los que principalmente contribuyeron á la constitución de su patria en una época de revueltas y guerras en que se hallaban todos los elementos que forman un país en estado embrionario.

**Proclamación de Boabdil.**—Este hermoso cuadro, del reputado pintor D. Plácido Francés, se refiere, como su título lo indica, á la proclamación de Boabdil, último rey de Granada.

El asunto no puede ser de más actualidad, por relacionarse con los grandes acontecimientos del reinado de los Reyes Católicos; pues á la toma de Granada y al término de la guerra de la reconquista, siguió inmediatamente el viaje de Cristóbal Colón á las Indias occidentales y el descubrimiento de América.

**Sepulcro de los Reyes Católicos.**—En la catedral de Granada, y en un cuerpo aislado del edificio denominado *la Capilla Real*, descansan los restos mortales de los Reyes Católicos de España, D. Fernando y Doña Isabel I, y á su izquierda los de su hija Doña Juana con D. Felipe el Hermoso.

Los túmulos, las estatuas yacentes, la reja artística y primorosa que les rodea y la capilla toda que hoy insertamos están tomados del natural por el acreditado y popular fotógrafo de Madrid Mr. Laurent, de quien es también la excelente fototipia con que enriquecemos la colección de nuestra Revista.

## ADVERTENCIAS

### IMPORTANTE

Suplicamos encarecidamente á aquellos de nuestros suscriptores que sufran algún entorpecimiento en el reparto de esta Revista que reclamen y se entiendan directamente con la Administración de ESPAÑA Y AMÉRICA (plaza del Biombo, 2, Madrid), pues á varios corresponsales hemos tenido que suspender la remesa de ejemplares que tenían pedidos por falta de cumplimiento en los pagos.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán. De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS Miguel Servet, 13—Teléfono 651.

# Acreditados específicos del Doctor Morales

**PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS**

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

**CAFE NERVINO MEDICINAL**

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

**PÍLDORAS LOURDES**

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

**TONICO-GENITALES**

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

## OBRA DE SENSACION

### ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARIA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

## HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE F. LAURENT

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS

Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

**Condiciones de suscripción.**—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

## PRÓXIMA Á PUBLICARSE

### ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR J. A. FORT

Director de la Revista Quirúrgica y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

En breve se pondrá á la venta la tercera edición, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos*.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. Armas y Céspedes; formará dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto.

Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

En publicación.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

## PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Victor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juriconsultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

# FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De *El Firmamento*, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Ocsiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan *Americanos ó de pared*, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanaques, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Ocsiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

# ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

## CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

### 2 REALES POR CADA REPARTO

**Lote 1.º**—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veullot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

**Lote 2.º**—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

**Lote 3.º**—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frias.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

**Centros de suscripción:** En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.—Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.